

El doctor sintió helarse la sangre en sus venas; mas ya no tenia remedio, acababa de cortar por sí mismo el lazo que le unia á Guillermina y á su hijo.

Ni aun se atrevió á mirar á Lúcas, temia que su corazon le vendiese.

—¿Ya se marcha V.? le dijo Guillermina viéndole levantarse.

—Ya he desempeñado mi comision; ahora, si V. no me manda otra cosa, me retiro.

—¿Y no tiene V. nada mas que manifestarme?

—No, señora; la condesa no me ha dicho ni una palabra.

—¿De modo que mi ansiedad, mi deseo por saber la suerte de mi esposo y las desgracias que sufriria desde su partida hasta su muerte, deben continuar por tiempo indefinido?

—Quizá algun dia reciba V. los detalles de esa historia que desea conocer, dijo el doctor, que anhelaba salir cuanto antes de aquella casa, donde se sentia morir.

—¿Usted me lo promete, doctor?

—Como promesa, no señora; yo estoy sujeto á una voluntad superior, y sin sus órdenes nada puedo hacer.

—Lo comprendo todo, y me resigno por ahora; solo me atreveria á suplicarle que trabaje en mi obsequio.

—Eso sí se lo prometo bajo mi palabra.

—¡Mil gracias!... á V. debo mi felicidad; sublime don por el cual sabré conservarle toda la vida un reconocimiento sin límites.

—Nada tiene V. que agradecerme, señora; sea este insignificante beneficio la compensacion del mal que otras veces la he causado. Adios.

—No se marche V. sin ver á mi hijo; Lúcas, ven, saluda al señor doctor, dijo Guillermina.

Si el doctor no hubiera tenido la tez teñida de negro, se le habria visto quedarse pálido como un cadáver. Las palabras de su esposa fueron un dardo agudo que le penetró el corazon, y al presentarse el gracioso niño, que le hizo una elegante reverencia, no pudo resistir y exclamó con una voz trémula y entrecortada:

—¡Oh! ¡hijo mio!... ¡hijo mio!...

Sus brazos se abrieron, y estrechándole contra su pecho con delirante afán, besaba su frente, sus cabellos, y dejaba correr un raudal de lágrimas, que se deslizaban como brillantes gotas de cristal á lo largo de sus mejillas.

Todos los circunstantes contemplaban aquella escena con admiración, excepto el conde y Guillermina, que la veían poseídos de un terror profundo.

De repente el doctor, que arrebatado de un vértigo, no supo lo que hacía, se apercibió de la sorpresa que causaba, y dominándose por un esfuerzo supremo, exclamó echando á correr hácia la puerta:

—¡Ah! perdon, perdon; ¡soy un loco!....

—Pero, doctor; venga V.; esplíquenos qué significa esto, dijo Guillermina.

—Aquí hay un misterio que es preciso descifrar, exclamó el conde lanzándose en seguimiento del doctor; mas ya éste había partido en su coche como un relámpago.

Guillermina corrió tras él, y al encontrarse ambos en la antecámara, dijo el conde:

—Ha partido: no me ha sido posible alcanzarle.

—¡Ay, amigo mio! aquí hay un secreto que tiemblo descubrir; no sé por qué imagino que mi marido no ha muerto.

—También lo creo yo; hace tiempo que esa sospecha me está destrozando el alma.

—¡Oh! ¡Dios mio!.... esta incertidumbre es horrible, ¿y qué piensas de ese hombre? ¿no encuentras muy estraña esa emoción, esas lágrimas al abrazar á mi hijo, y mas en hombre de carácter tan duro como el suyo?....

—¿Y aquel *¡hijo mio!* arrancado del fondo del corazón?

—Es verdad; solo un sentimiento muy poderoso, muy fuerte ha podido hacer que sus lágrimas corran, obligándole á lanzar una exclamación que le ha perdido; porque francamente, yo siento confesarlo; pero abrigo la convicción de que el doctor es mi marido.

Guillermina, al decir esto, se dejó caer con aire abatido en un diván. El conde fué á cerrar la puerta para que nadie los oyese, y volvió á sentarse á su lado.

—¡Para qué había de ser nuestra felicidad muy duradera!... ¡Triste de mí! ¡siempre la desventura me ha perseguido con cruel encarnizamiento! dijo el conde, pálido y con inequívocas señales de un abatimiento profundo.

—En verdad que se muestra muy ingrata la suerte con nosotros; pero en medio de todo, nuestros corazones laten acordes y nos amamos con una pasión tan pura y tan inmensa como el horizonte, que no tiene límites, ¿no es cierto? ¿Me amas tú del mismo modo?

—¡Y me lo preguntas..... cuando mi corazón y mi existencia sacrificaría gustoso por tí!.... pero si ese hombre es tu marido, cuando se descubra por completo, no me amarás á mí, te unirás á él....

—¡Oh! ¡Calla por Dios! exclamó Guillermina interrumpiéndole; ¿no tengo aquí su partida de defunción?.... ¿No ha roto 'él mismo los lazos que nos unian?.... Ahora comprendo por qué Alejandrina le exigió me la entregase delante de tí y de mi hijo; creyó sin duda que no tendría valor, y era una prueba mas que le exigia. Ya no me queda duda. Ellos se aman; se aman desde hace quince años que partieron juntos de aquí; fray Benigno, al presentarme los niños de Alvarez Leal, me entregó una carta de él, en la cual se despedia, decíame así:

«Estoy en salvo; me persiguen; mas ya no pueden alcanzarme. Adios, esposa mia; perdóname, y no maldigas mi memoria. Parto á lejanos climas á esconder en ellos mi confusion y mi vergüenza; al mismo tiempo que la desdicha de haberte perdido.

»Adios, adios..... hasta el cielo.

»Tu esposo,

Lúcas de Mendoza.»

Fray Benigno marchó con Alejandrina al Brasil, y mi marido los siguió; esto está bien claro.

—Sí; ¿pero esa partida de defunción?

—Pudiera ser falsa.

—Tienes razon; con dinero todo se consigue, y ellos tienen tanto!.... ¿pero y el color de su tez?

—¿No has visto tú mismo á la condesa disfrazada de negra?

—Sí, y con una perfeccion admirable.

—Pues del mismo modo se ha disfrazado él, para que yo no le conozca.

—En este caso, debo tener noticias tuyas y saber lo que hay sobre el particular, porque cuando te conocí y supe tu desgracia, recordarás que un dia en la quinta de la Retama te prometí escribir al Brasil, donde tengo numerosos amigos, á fin de indagar el paradero de tu marido.

—¿Y escribiste?

—Sí, en el mismo dia, y ya debo recibir muy pronto la contestacion.

—Entonces nos quedan esperanzas de aclarar este misterio; pero entre tanto vamos á sufrir mucho.

—Lo comprendo; y no veo la razon de este sufrimiento, cuando ellos, si verdaderamente se aman, gozarán en nuestro duelo.

—No hay duda ninguna, y hasta me atreveria á creer una cosa.

—¿Y cuál es?

—Que están casados.

—¿Cómo casados!

—Sí, en secreto, ¡y tienen una hija!....

—¿De qué sabes esto?

—Anoche mismo Alejandrina, lamentándose de su suerte, me manifestó que estaba casada, que tenia una hija, y el deber de madre la obligaba á partir. El doctor poco despues manifestó su resolucion de no abandonarla nunca, por lo cual comprendo que estarán casados en secreto, y que se marchan á lejanos climas á disfrutar de su felicidad.

—Entonces no impedirán nuestro casamiento.

—¡Y yo, necia de mí, que habia prometido retardarlo un año!... Qué inocente soy, no haber sospechado nada, cuando tantas pruebas tengo de su culpabilidad!.... Escucha: estoy recordando mi conversacion de anoche con Alejandrina, y cada frase suya arroja un rayo de luz.

Compadeciéndome de los infortunios que habria tenido que arrostrar mi marido, me dijo:

— «¡No le compadezcas!.... tu marido fué culpable y no merece ni tu consideracion, ni tus lágrimas, ni tu amor; así pues, arranca completamente su memoria de tu pecho, y conságrate sin remordimientos al conde.

La insté porque aclarase mis dudas, y me contestó:

— «Ni aun te permito pensar en él.... silencio, no me preguntes, dispon tu boda con el conde; y si necesitas la partida de defuncion, la tendrás; yo te la ofrezco.»

—No hay necesidad de mas pruebas, dijo el conde: esas palabras nos revelan todo el misterio; ellos están casados, y su mayor deseo es que lo estemos nosotros tambien.

—Aun añadió esto:

—«No puedo decirte mas; quizá algun dia aparezca á tus ojos la verdad clara y sin sombras. Entonces tendrás lástima de mí y te será odioso el recuerdo de tu marido.»

—En esas frases casi manifiesta que ha sido engañada por él, y que ya se vé enredada en un lazo que no puede desatar.

—Esto se comprende perfectamente; por eso se marchan otra vez, y nos harán conocer la verdad cuando estén allá.

—O cuando estemos casados, añadió el conde, que deseaba traer la conversacion á este terreno.

—Tambien puede ser.

—¿Y qué haremos, amiga mia? ¿quieres condenarme á una desgracia sin término? ¿Seguirás en tu resolucion de dilatar un año nuestro casamiento?

—No por cierto; ni aun quiero llevar este negro trage, que es un horrible sarcasmo. El hombre que me ha tenido abandonada por espacio de quince años, consagrándose al amor de otra muger, no merece consideracion de ninguna clase.

—Entonces aguardo tu resolucion.

—Esperaremos á que recibas carta del Brasil, y si las noticias que te comuniquen confirman las sospechas que tenemos, nos uniremos en el mismo dia; toma la partida, haz que se publique su

muerte en todos los periódicos, y que en la Iglesia se celebre por su alma un magnífico funeral; le convidaremos á él mismo para que asista á su entierro.

—Será una cosa muy original.

—Ciertamente que lo será; pero él lo quiere.

—Y tú ¿qué piensas hacer?

—Retirarme hoy mismo á mi quinta de la Retama; no quiero ver ni oír á nadie. Allí nos desposaremos secretamente, sin que nadie sepa una palabra; despues nos marcharemos á Francia, y no volveremos á ver mas ni á él, ni á su dama ó esposa, lo que quiera que sea.

No era difícil comprender que un mal reprimido despecho inspiró á Guillermina esta resolución; sin embargo, se sostuvo en ella, y el conde se apresuró á ejecutar sus órdenes, poniéndose así entre ella y el doctor Alonso una barrera insuperable.

El conde salió y Guillermina volvió al gabinete donde la familia de Alvarez Leal, Ildemaro y Lúcas hacian mil comentarios sobre la escena que habia tenido lugar; Guillermina les dijo:

—Señores: no se estrañen Vds. de ese repentino arranque del doctor; tengo entendido que á veces sufre frecuentes accesos que hacen dudar de su razon, y hoy nos ha tocado á nosotros presenciar uno de ellos.

—¡Qué lástima!.... ¡Loco, un hombre de tanto talento!.... dijo Rosa-Pálida.

—Esa es la causa: los muchos estudios le trastornan.

—Entonces no me mandes estudiar, mamá; porque quiero conservar todo mi juicio, dijo Lúcas.

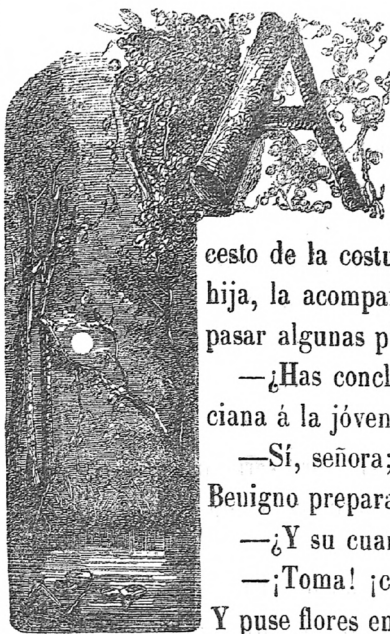
Esta ocurrencia tan oportuna provocó la hilaridad de todos, que no pudieron menos de celebrar las gracias del adolescente.

Guillermina hizo que la familia de Alvarez Leal se quedaran á comer, y les manifestó su resolución de retirarse á la quinta, cediéndoles su casa de Madrid, hasta que la autoridad los pusiera en posesion de sus bienes, á lo cual accedió con gusto doña Lucía Lopez, agradeciendo mucho la nueva prueba de bondad que les concedia.

CAPITULO VIII.



Antiguos conocidos.



ALGUNOS días despues de las escenas que hemos referido en los capítulos anteriores, se hallaba Marciana en su modesta salita, sentada cerca de la reja y con el cesto de la costura al lado; Ernesta, su graciosa hija, la acompañaba, ocupada como ella en repasar algunas piezas de ropa Blanca.

—¿Has concluido esa camisa? preguntó Marciana á la jóven.

—Sí, señora; ya tengo toda la ropa de fray Benigno preparada para la plancha.

—¿Y su cuarto le has arreglado?

—¡Toma! ¡cuánto hace! desde esta mañana.

Y puse flores en los jarrones; pues aunque no me lo manda, se conoce que lo agradece tanto!.... A pesar de su tristeza, siempre cuando las vé, tiene una sonrisa para premiar mi cuidado.

—¡Pobre señor!.... dijo Marciana con melancólica gravedad; yo no le conozco, ¡cuán cambiado está!

—Verdaderamente parece otro; luego la vida que hace no es la mas á propósito para recobrar la salud, siempre con ayunos, siempre arrodillado ante el crucifijo en esa especie de capilla que se ha formado en el gabinete; cualquiera al verle creeria que es un gran pecador que necesita á fuerza de penitencia espiar sus delitos, cuando no hay en la tierra hombre mas virtuoso y mas santo!...

—¡Ojalá todos se le parecieran! dijo Marciana; pero silencio, él sale; he sentido la puerta.

—Irà á la novena de Sta. Teresa.

—Sin duda, pues solo abandona su reclinatorio para ir á la iglesia; no quiere con el mundo trato alguno, ni aun á la condesa visita.

Las dos mugeres callaron al sentir la puerta de la estancia, que se abrió lentamente. En el dintel apareció fray Benigno pálido, demacrado, é impresa en su rostro la huella de una abstinencia continuada.

Sus magníficos ojos negros aparecian velados por una nube sombría que amortiguaba su brillo, haciendo que lanzasen únicamente miradas melancólicas, destellos de una luz triste y apagada.

Sus labios descoloridos querian ensayar una sonrisa benévola para aquellas pobres mugeres que le veneraban como á un Dios, y para conseguirlo tenia que violentarse mucho, haciendo grandes esfuerzos.

—Buenas tardes, padre mio, dijo Ernesta corriendo hácia él; ¿me permite V. besar su mano?

—Dios te guarde, hija mia: tú siempre serás una santa.

—No hay duda que lo sería si siguiera el ejemplo de V., repuso Marciana.

—¿Y cómo vá, mi buena amiga? no he visto á V. desde ayer, dijo el misionero desentendiéndose de lo que calificaba de lisonja.

—Perfectamente, padre mio; ando muy ocupada con la boda de mi Andrés; y como Ernesta se ha encargado de cuidar á V., no creo hacer falta.

—Eso no; pero echaba de menos su amable conversacion; y al

fin, justificada su ausencia por tan plausible motivo, no digo nada. ¿Conque al fin ha resuelto V. casarlos?

—Sí, señor; ¿qué le parece á V.?

—Muy bien hecho; si ellos se quieren, ¿qué ha de hacer V. sino unirlos en santo lazo, para que se ayuden mutuamente á sobrellevar las penalidades de la vida?

—Y que Andres cuenta ya veinticinco años, y ha concluido de aprender su oficio, tanto, que estoy poniéndole un taller de ebanistería, á fin de que trabaje por su cuenta y no tenga que vivir atenido á un jornal.

—Es un cálculo muy acertado, dijo fray Benigno.

—Y luego, como Martinica es tan aplicada, tan hacendosa, sabrán arreglarse muy bien; él por su parte es trabajador, honrado, y con tales elementos se hace casa muy pronto.

—Ya lo creo; ¿y Federico no tiene novia?

—¡Ay, padre mio! esa es una de mis pesadillas; no sé lo que tiene, que de poco tiempo acá anda distraído, nada le alegra, ni le gusta el trabajo; solo piensa en componerse, en vestir de caballero, y no hay cosa peor que salirse de su esfera. No hallándose uno en su centro, no puede haber conformidad en las costumbres ni en las ideas, y es imposible hallar la felicidad.

—Tiene V. razon: en la esfera en que el hombre ha nacido y se ha criado, es donde debe vivir.

—Es claro; por eso yo soy una artesana, y aunque la señora me ha colmado de riquezas, las guardo para establecer bien á mis hijos, y no abandono mi modesto trage y mi humilde casita; pero mi hijo Federico no piensa del mismo modo; y me figuro, aunque no lo sé de cierto, que se ha de haber enamorado de alguna señorita que no debe convenirle en modo alguno por su posicion mas elevada que la suya.

—Pues eso debe V. procurar averiguarlo, antes que en su corazon se arraigue un amor, que puede ser muy funesto si no se corta al principio.

—Ya procuraremos conocer lo que le estravia; ahora vamos á casar á Andrés, y luego pensaremos en él.

—¿Y cuándo es la boda?

—Será el domingo, padre mio.

—¡Ea! pues que Dios los haga bien casados; felicítalos en mi nombre.

—¿No tendremos el placer de que nos acompañe V.? sería un honor tan grande para nosotros, que ni aun nos atrevemos á esperar.

—Asistiré al solemne acto; á la fiesta, nó, dijo el misionero.

—Solo habrá un ligero refresco, luego nos iremos al campo.

—Bueno, amiga mia, bueno; yo quedaré guardando la casa. Adios, hasta despues; no quisiera que se pasase la hora de la novena.

—Vaya V. con Dios, fray Benigno; el cielo guie sus pasos, dijo Marciana acompañándole hasta la puerta, y volviendo despues á sentarse cerca de Ernesta, que durante la conversacion de su madre con el misionero se mantuvo apartada sin levantar la cabeza de la costura.

—¿No has advertido qué pálido está fray Benigno? dijo Marciana á su hija.

—Sí, señora; cada dia se le vé mas triste; yo creo que vá á concluir por enfermar.

—Y se incomoda cuando se lo decimos; de manera que no hay mas remedio que verle morir poco á poco y callar.

—Son caprichos que tiene.

—Pero no debemos respetarlos porque son en su perjuicio, repuso Marciana; ¿sabes lo que pienso hacer? decírselo á la condesa, y que mande su médico á visitarle así como por casualidad.

—Y que tiene V. razon, madre; ninguna cosa mas acertada; el doctor negro es tan sábio, tiene tanta esperiencia, que le basta ver el rostro de una persona para conocer la enfermedad que padece, y puede darnos á nosotras los medicamentos, se los haremos tomar sin que lo conozca siquiera.

—Yo no sé por qué se me figura que ha de estar resentido con la condesa; el no haberse hospedado en su palacio como siempre, prefiriendo nuestra modesta casa, me dá mucho en qué pensar, y

luego rehusa siempre nombrarla, y cuando lo hacemos nosotros, manifiesta disgusto, marchándose á veces sin contestarnos.

—Tambien he advertido esa particularidad, que no ha dejado de estrañarme, porque la condesa es una santa y no debe haber dado motivo para que fray Benigno se resienta.

—En fin, sea lo que quiera, nosotros no debemos descifrar esos misterios; nuestra obligacion no es satisfacer una vana curiosidad, sino hacerles todo el bien que podamos, puesto que ambos nos han hecho tantos beneficios, que no bastára una vida entera de reconocimiento para agradecérselos.

Marciana cortó con estas palabras la conversacion, y levantándose, fué hácia la puerta de la calle, donde acababan de llamar. Poco despues entró en la sala acompañada de Martinica y Diminuto.

—¡Querida mia!... ¿eres tú? dijo Ernesta á Martinica levantándose para abrazarla.

—Sí, hija: vengo por tí; la señora me encarga que te lleve, porque Renata te quiere muchísimo, y la pobrecilla está tan triste, que nadie acierta á consolarla.

—Con el alma y la vida iré, si mi madre me lo permite.

—Ya lo creo, hija, con mucho gusto, contestó Marciana. Y Diminuto, ¿qué trae por aquí?

—¿Cómo va, señoras?.... no me hacen Vds. caso, por eso no las digo nada.

—Estas chicas solo piensan en sí mismas.

—Pero ¿están Vds. buenas?

—Sin novedad; y á V. ¿cómo le vá con sus nuevos y antiguos amos? pues de ambos modos se les puede calificar.

—Perfectamente; siempre son los mismos; la señora, á pesar de haber estado la infeliz quince años privada de sus facultades, es un ángel; siempre tan bondadosa, tan buena. Se pasa las horas enteras mirando á sus hijas y no se cansa de acariciarlas, gozando con su sonrisa y llorando cuando las vé tristes.

—¡Pobre señora!.... ya puede decir que ha sido milagroso lo que la ha sucedido; encontrar sus hijos, recobrar sus bienes, su nombre y sus sentidos á un mismo tiempo, son cosas que acontecen una vez en la vida, y eso dispuestas por la Providencia.

—Seguramente, señora Marciana.

—¿Y le reconoció á V. enseguida que llegó?

—Tardó un rato en recordar; pero luego, así que hizo memoria, exclamó llena de gozo:

—¡Ay! ¡tú eres Cristóbal!.... ¡te conozco muy bien, y me acuerdo que mi pobre marido te queria mucho, pero tú caiste tambien con el cólera, ¿no es verdad? me preguntó.

—Sí, señora; de no ser así, ya hubiera yo cuidado de los pobres niños, que como quedaron abandonados, sin mas amparo que el de Dios y el de ese pícaro fraile, que hizo con los infelices cuanto quiso, apoderándose de sus bienes, que tan sin escrúpulos ni remordimientos de ninguna clase ha disfrutado hasta hoy.

—Calla, Cristóbal, no me le recuerdes, me dijo; bastante tiene con ser culpable, porque el criminal lleva en su conciencia el castigo.

—Pues esas palabras no son de una idiota, dijo Marciana.

—Si tiene un modo de discurrir que admira; nadie dirá que ha estado loca quince años.

—¿Y desde luego volvió á recibir á V. á su servicio?

—Enseguida que se lo indiqué; y como me preguntó por una jóven que acompañase á sus hijas, vine enseguida á buscar á Martinica.

—Ya lo sé; ese dia no estaba yo aquí; cuando vine y me lo dijeron, me alegré mucho, porque es una familia á quien aprecio, y sobre todo á Renata, ¡pobre niña, á quien hemos visto padecer tanto en poder de ese infame de hombre, que la tenia subyugada á su voluntad siempre imperiosa y despótica.

En tanto que así hablaban Diminuto y Marciana, las dos jóvenes que en breve debian ser hermanas, se comunicaban mutuamente sus impresiones.

—Y dime: ¿todavía no se sabe la causa que hace á Federico estar triste?

—Ni una palabra hemos podido averiguar; sin embargo, Andrés ha prometido esta noche seguirle y averiguar lo que así le preocupa.

—Entonces ya nos lo dirá; porque te vendrás ahora conmigo; ¡si vieras qué buenas son las señoras!... no se parecen á la orgullosa marquesa de Blancarosa. Si dicen bien: la que no nace señora, no lo puede ser nunca; pero bien ha pagado sus humos, quedándose sin el usurpado título y sin casa para recogerse.

—¿Y quién habitará ese palacio? dijo Ernesta.

—La familia de Alvarez Leal; no me acordaba decírtelo: mañana nos mudamos; porque anoche estuvo en casa la condesa de Paraná y manifestó que, hallándose ya en posesion de todos los bienes de este marquesado, y teniéndose que marchar al Brasil, agradecería mucho que ocupasen el palacio de sus padres personas de confianza que supieran conservar los retratos de su familia con el respeto que se merecen, no llevándolos á la buhardilla, como ha hecho la falsa marquesa.

—Ha sido un medio muy delicado de hacerles aceptar sus beneficios.

—Como todos los que emplea siempre la condesa, ese ángel que ha venido sin duda al mundo para sembrar la caridad. Como el pícaro de fray Severo ha vendido casi todos los bienes de esta familia, quedándoles apenas con que sostenerse, ha querido darles para su recreo, por de pronto, ese hermoso palacio, y luego innumerables riquezas, que les hará admitir sin que puedan ofenderse.

—Es mucha la bondad de su alma, contestó Ernesta.

—Mira, Ernesta: arréglate, que Renata te aguarda; segun dice Diminuto, todos los dias está preguntando por tí.

—Pero, madre, ¿y se vá V. á quedar sola?

—Tú no pases cuidado, que ya me arreglaré; y además, ¿no me acompaña la señora Aleja?

—Buena compañía; se pasa en las iglesias la mayor parte del dia; en fin, iré y vendré; será doble trabajo; pero ¿qué le haremos? si es preciso complacer á todos, exclamó Ernesta sacando del cajon de la cómoda un pañuelo y un velo que se puso en un momento, marchando poco despues con su amiga y con Diminuto, á quien Rosa-Pálida mandó con el objeto de que las acompañase.

Marciana quedó sola.

CAPITULO IX.



Caridad de Marciana.



MARCIANA era la muger mas honrada, mas laboriosa y de mejores sentimientos. En su casa presidia el órden, la armonía y la mas admirable limpieza. Sus hijos eran obedientes, sumisos y acataban su voluntad con una veneracion profunda. Y sin embargo de todo esto, la buena anciana no era una muger de talento; su prosperidad y el prestigio de que habia sabido rodearse consistia en su honradez, en su sencillez misma, en la práctica de las virtudes que servian de ejemplo á sus hijos.

Nació en la humilde esfera de los artesanos y en ella se conservaba siempre, por mas que la condesa la dió riquezas, con las que hubiera podido figurar como propietaria en una esfera mas alta.

Empero, nunca pensó salir de su clase; continuó del mismo modo sin consentir igualarse á las grandes señoras que la favorecian con su cariño.

Esta era la causa de que la condesa, Guillermina, Rosa-Pálida y

otras muchas señoras la distinguieran con todo género de favores, admirando y aplaudiendo siempre su modestia y su virtud.

Desde que era rica, se consagró con mas afan al ejercicio de la caridad, siendo muy pocos los infelices que en el barrio no conocian su generosidad.

Cuando la tia Lentejas se encontró, por la fuga de D. Severo, sola y sin amparo de nadie, se apresuró á recogerla en su casa, la dió un cuartito independiente, y brindándola con un sitio en su mesa, la dejó en completa libertad para seguir sus inclinaciones religiosas.

Es verdad que la pobre muger, cuya vida no habia sido de las mas edificantes, estaba en una edad en que ya no podia inclinarse á ningun partido, y acogió con muestras de la mas viva gratitud la proteccion de Marciana, consagrándose casi todo el dia á rezar por su bienhechora, creyendo que solo de este modo podria pagarla sus favores.

Marciana la dejaba hacer, sin cuidarse nunca de que su comportamiento fuese bien ó mal agradecido, puesto que ella prodigaba sus beneficios únicamente por amor á la caridad, y en nombre de Dios.

Cuando quedó sola, se fué al cuarto de fray Benigno, que era una pequeña salita con su alcoba y un gabinetito que servia de oratorio al misionero. La sala tenia rejas al jardin, embalsamando la estancia el aroma de la multitud de plantas y flores que crecian en corto espacio de terreno, cuidadas con escrupuloso esmero por los hijos de Marciana, en particular por Federico, que buscaba con afan en aquel apartado sitio la soledad que apetezia su alma.

Inspeccionó todo con sumo cuidado, puso las ropas en orden, arregló la cama y cerró las vidrieras á fin de que no entrasen los mosquitos y de que no penetrase en la habitacion el ambiente demasiado fresco de la tarde.

Luego practicó igual operacion en los cuartos de sus hijos, concluyendo por el de la tia Lentejas, donde tuvo que emplear un cuarto de hora mas, porque la devota no se esmeraba mucho en punto á limpieza, de que tan aficionada era Marciana. Cuando de-



jó todas las cosas en órden, salió, y sintiendo que llamaban á la puerta, fué á abrir.

—¡Hola, Aleja! ¿eres tú? ¿vienes ya de la novena?

—Sí, muger; ¿pero no tienes á nadie que abra la puerta? ¡es mucha tu economia: cuando podias tener tres ó cuatro criados, no tener uno siquiera!....

—Eso se queda para las grandes señoras; á mí me basta con una asistenta, que me hace la compra por la mañana y ayuda á mi Ernesta en las faenas mas rudas de la cocina, marchándose despues á su casa porque yo no la necesito todo el dia.

—Lo que tú eres, una tonta; ¿á quién se le ocurre tener riquezas y no darse importancia? ¡cuándo hay tantos que se la dan sin ser dueños de una peseta!....

—¿Y qué quieres, hija? yo no soy así; no me gusta salir de mi esfera, donde encuentro una paz muy hermosa, que no hallaria quizá entrando en otra mas elevada y que no me pertenece.

—Con esas ideas no medrarás mucho; ¡ay si yo estuviera en tu lugar!....

—No adelantarias nada con proceder de otro modo; pero mira, ven á sentarte y tomaremos chocolate, que ya lo tengo hecho, dijo Marciana queriendo variar de conversacion; pero la vieja devota prosiguió de este modo despues de haberse sentado con mucha calma en un sofá:

—Mira como la Cristinita no ha tenido esos escrúpulos.

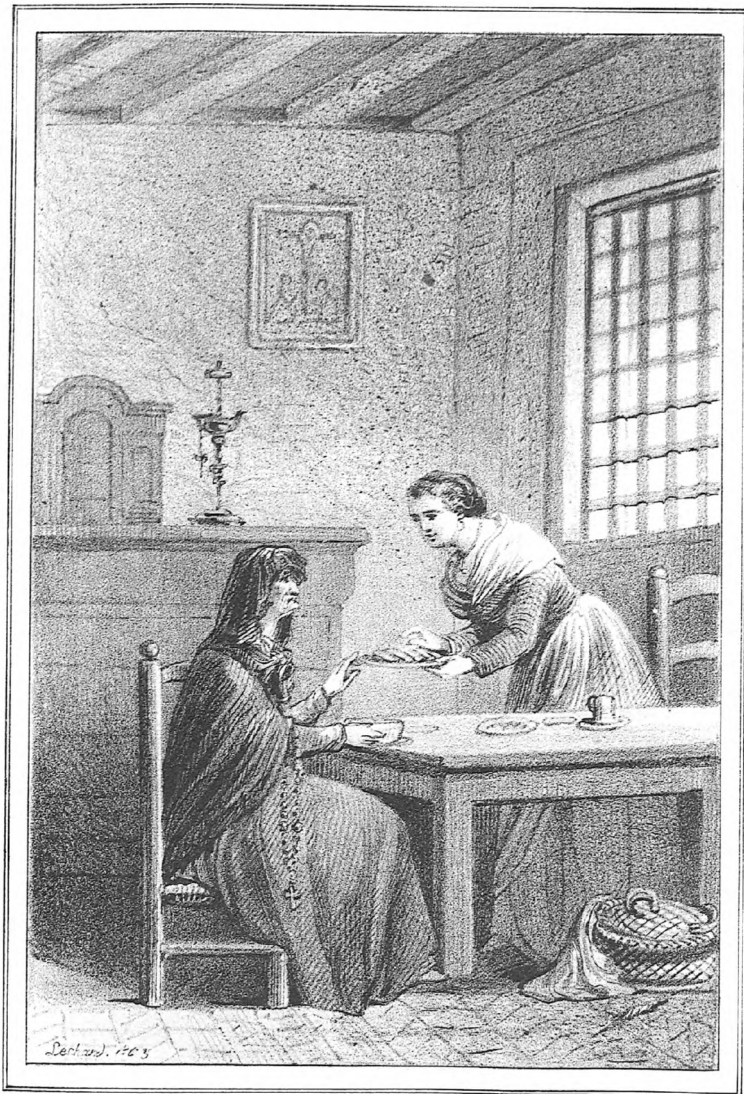
—Así se vé ahora infeliz; Dios sabe los malos ratos que estará pasando, y toda su familia lo mismo.

—Pero ella consiguó ser marquesa y vivir quince años en la opulencia.

—¡Triste consuelo! ¡si el término de esos placeres es un cadalso afrentoso!.... En fin, amiga mia, no hablemos de esto, cada uno tiene sus ideas y yo soy muy feliz en practicar las que me han inculcado mis honrados padres.

El tono severo con que Marciana pronunció estas palabras, hizo callar á la vieja, que comprendió una vez mas, aunque ya lo sabía, el recto modo de pensar de su amiga. La miró con timidez,





L. P. L. L. L. L. C. M. M. M. M. 3

Pero toma mas bizcochos, mujer, dijo Marciana.

creyendo haberla ofendido, y se atrevió á esclamar entre cortada y confusa:

—Hija, perdona; soy una pobre tonta y á veces no sé lo que me digo.

—Por eso no me ofenden tus palabras, porque las dices sin conocer siquiera su significado.

—¡Tienes razon!

—¡Ea! vamos á tomar chocolate, y hemos concluido, dijo Marciana yendo á la cocina y volviendo poco despues con dos jicaras y una bandeja de bizcochos, que puso encima de una mesa.

—¡Qué buena eres!.... ¡ay! no sé con qué pagarte tantos beneficios.

—Mira, acércate aquí; ¿por qué no te quitas la mantilla?

—Tengo que salir enseguida á ver á ese pobre anciano que se está muriendo, dijo la tia Lentejas acercando su silla á la mesa.

—¿El de la buhardilla de enfrente?

—Sí; pero no te incomodes; siéntate, que me haces avergonzar con tantos obsequios.

—¡Qué tontería! si sabes que á las personas á quien aprecio me gusta mucho complacerlas.

—Eres la misma bondad.

—Pero toma mas biscochos, muger, dijo Marciana levantándose para acercarla la bandeja.

—No quiero mas; muchas gracias, si tengo ya el plato casi lleno.

A todo esto la tarde iba declinando, los últimos rayos del sol, que penetraban por la reja, iluminaban con una luz pálida y triste la habitacion de Marciana, que como sabemos, estaba situada en piso bajo.

—Se vá haciendo de noche; afortunadamente Ernesta me ha dejado el velon encima de la cómoda, arregladito ya, de manera que no tengo que hacer mas que encenderle.

—¿Y dónde han ido tus hijos?

—¿Los chicos? en su taller, y Ernesta con Martinica están acompañando á las niñas de Alvarez Leal.

—¿Y cómo se encuentra su madre?

—Muy bien; perfectísimamente; si parece un sueño lo que ha sucedido con ella.

—Y luego dicen que no hay milagros; lo que nos falta es gente que tenga fé en la Providencia; milagros sobran todos los dias, y sino, bien patente le hemos visto en esta señora que recobró sus facultades para salvar á sus inocentes hijas y para que el bribon de D. Severo se arrepintiese reconociendo el poder de Dios.

—Y dicen que suplicaba le entregasen á la autoridad, pues queria pagar todos sus delitos.

—Eso sí que no lo creo yo; y si lo hizo, muy tontos fueron en no darle ese gusto, así tendríamos un pícaro menos, porque desde luego le hubieran ahorcado, ¿no es verdad, amiga Marciana?

—No lo sé; por mi parte me alegro que se haya escapado; quién sabe si esta leccion le hará entrar en el buen camino, y como ha sido tan malo, sea despues un ejemplo de moralidad y buena conducta.

—Si así fuera, debia empezar pagando sus deudas el infame!... ¡ni un cuarto que me ha dado de mi salario!.... se habrá visto picardía mayor, dejarme en la calle y perdidos mis ahorros de tanto tiempo, que ya ascendian á mas de mil reales.

—¿Te ha faltado algo, muger? ¿no te he recogido en mi casa con el mismo amor que si fueras una hermana?

—Si no hubiera sido por tí, me llevan á San Bernardino sin remedio; Dios te lo pague; te lo agradeceré toda mi vida; pero no por eso dejaré de acordarme de que entre fray Severo y la falsa marquesita de Blancarosa me tienen por allá cinco ó seis mil reales, que en la vejez me hubieran hecho un efecto maravilloso, y no tendria que serte tan gravosa.

—¡Ea! no pienses en eso, ni te acuerdes de esas pobres gentes, mas infelices y mas dignas de lástima que tú, dijo Marciana levantándose para quitar las jícaras del chocolate.

—Y en verdad que tengo que contarte una escena que he presenciado esta tarde.

—Cuéntamela; precisamente estoy ansiosa de novedades, dijo Marciana sentándose.

La tía Lentejas exclamó:

—Esta tarde, antes de ir á la novena, me acordé de una de mis amigas antiguas, que vivía en la calle de Lavapiés y que había depositado sus fondos en casa de D. Severo. Al efecto fui allá, subo la escalera, entré en el piso segundo, donde ella vivía, y me encuentro un desórden completo; allí ni un mueble se encontraba, ni siquiera una silla donde sentarse. Únicamente en la antesala ví varios baules y equipaje, como si acabáran de llegar de fuera. Doña Irene, que este es el nombre de mi amiga, estaba tendida en el suelo, atacada de un accidente, y su pobre hija Atilana lloraba á su lado con el mayor desconsuelo.

—Pero ¿qué ha sucedido aquí? la pregunté, ¿no hay un médico que socorra á tu madre? la dije.

—Sí, señora; han ido á buscarle; pero entre tanto se muere, me contestó la afligida niña.

—Ahora mismo voy yo á buscar uno que vive aquí cerca, exclamé saliendo inmediatamente para realizar mi propósito; mas no tuve necesidad de bajar, porque á la puerta encontré al mismo que llegaba, avisado por la muger del torero que habita en la taberna.

Entre todos quisimos colocar á la enferma en una cama; pero no la había en la casa, por lo cual tuvo la tabernera que subir de la suya un colchon, donde la arreglamos lo mejor que se pudo.

—¿Y no se ha mejorado? preguntó Marciana con ansiedad.

—¡Quiá!.... la dejé sin sentido, y ahora voy á ver cómo sigue, no sea que la pobre Atilana se encuentre sola con ella.

—No has debido abandonarlas, Aleja; perdona que te lo diga.

—Y si se pasaba la hora de la novena, y necesitaba también visitar á ese pobre viejo de ahí enfrente, ¿qué querías que hiciera?... no se puede estar en todas partes.

—Bien; pues acaba de contarme lo que ha ocurrido.

—Nada mas tengo que decirte; doña Irene permanecía sin sentido, y su hija lloraba que lloraba, sin que su estremada congoja la permitiera explicarnos lo que las había sucedido; solo pudimos entender, que venían de un pueblo, y al entrar en su casa, encontraron que las habían robado todo hasta los muebles; esto creo yo